

POLIFEMO

Odisea Ayala

## POLIFEMO

- Esto es lo que hay.
- Coño, Pascual, no seas cicatero, la otra vez fuiste más rumboso.
- Estamos en crisis, Damián, y además Marquina no para de venir a olisquear cada dos por tres.
- Luego me pedirás que duerma la mano con los carajillos.
- Chico, esto es lo que hay.
- Mañana te traigo el cupón.

Damián regresa al sofocante aceite de los churros, que no es cuestión de que flojee el negocio de los desayunos en el bar La Paz, y mientras deja caer la masa entre las burbujas hirvientes no para de dedicarle juramentos al ciego.

Pascual Moyano, más conocido como Quitapellejos, no es ciego de todo, es más bien un quiero y no puedo de la ceguera, el derecho le bizquea un poco, como sucumbiendo al atractivo del iris albo del izquierdo, de una blancura prístina que estremece. Lo del apodo le viene de juventud, cuando desollaba reses en el matadero de la capital, pero casi nadie se lo dice a la cara desde que aquel garfio le rompiera el párpado con la suavidad de la manteca, abriéndole la puerta al quiosco de cupones que la organización le concedió al cabo de dos años de maldiciones regaladas al que quisiera escucharle. Bien mirado, las gracias se las debe a sus años de matarife tanto como a su renguera, porque con una cojera algo cachondona, adelantando la cadera hacia como empujando el viento con las últimas rebanadas del estupro.

Pascual ya se ha hecho a la idea de que la vida es así, lo que te quita por un lado te lo devuelve por otro, y encerrado en esa especie de pecera ambulante a tirando, como él dice, pero eso es de boca para fuera, y como también sabe que la venta es traicionera, se ha ganado cierta fama en Cataira a la hora de la recompra de los cupones premiados, haciendo que el dinero se vuelva como su ojo izquierdo para unos y redunde interés tan opacos como su visión para otros, por eso Marquina, el comisario, pasa de cuando en cuando a saludarle, dejándole encima el resquemor de la vigilancia y unas nubes de tabaco negro, densa y contumaces, que le obligan a abrir la portezuela unos minutos cuando la visita desaparece.

Gabriela termina de trastear con aspiradores y fregonas para regalarse la media hora de rigor que le concede al alisado de su pelo, antes ha retirado de la nevera los restos de la menestra que sobraron ayer, mitigando con ellos la soledad de un filete oscuro y arrugado con el que saciar el hambre dócil de su tío. La mañana, repleta de polvo y suciedad, le coloca en el dilema de la ducha o la atención capilar, y al final prima la imagen, la imagen y los piropos que en las últimas semanas le ha regalado Enrique, a quien espera entregarse hoy con toda la ceremonia posible. Hace ya mes y medio que se dieron el primer beso, reuniendo sus lenguas tímidas, más la de ella que la de Enrique, picaron con el equipaje de una experiencia que acepta para su estreno, porque alguno de los dos había de poner la práctica, como él le susurró bajo las gradas del campo de Los Juncos cuando, ocultos a los vecinos tanto como al tartamudeo del bastón del tío, la piel erizada de sus muslos le confirmó la imposibilidad de parapetarse con decencia ante otra acometida de crepúsculo.

Gabriela se ha hecho mujer con la celeridad injusta de los huérfanos, pero no es tan ingenua como para creer que Enrique sea el amor de su vida, tampoco ha ido buscando al joven perfecto al que entregar su virtud, más bien se agarró al requisito de una cierta bondad, y luego el tiempo contribuye, pues todo se andará. Eso se repite entre los truenos del secador y los tirones sísmicos con los que el cepillo ya doblegando bucles, lo que no se repite son las ganas de certificar su feminidad para que su tío deje de acariciarle las corvas con la excusa traidor del agradecimiento cuando le sirve la mesa, deteniéndose ante su himen intacto como el obeso ante una tarta días antes de terminar su dieta, regodeándose en la espera que multiplique la hermosura del manjar.

Cual si estuviera susurrándole a las teclas sus intenciones, el ojo bizco de Pascual trata de abrirse camino por el laberinto de su teléfono móvil, el pulgar hirsuto reconoce los pequeños bultos de cada número hasta llevar a sus oídos las intermitencias electrónicas. Al otro lado del aire le responde Ginés Olivares, constructor de pro, siempre incómodo cuando le estalla el remitente den la diminuta pantalla.

- Soy yo, tengo uno con las cinco cifras, ¿puede usted pasarse esta mañana?

Ginés Olivares sufre un acceso de vergüenza cada vez que ha de visitar a Pascual, pero hay ciertas cosas que no puede delegar ni siquiera en la familia, asuntos de los que parata a su primogénito Pablo, delfín del que entre dientes y copas ha llegado a decir que le falta más de un hervor.

- Sí, sí, por favor, hoy mismo, ya sabe que esto cuanto antes mejor, y no me mande al chico, que la última vez no entendió bien lo de mi dos por cierto. Además, tengo un asuntillo que comentarle, algo más... personal, digamos.

Pascual tampoco simpatiza con el magnate, pero de todos sus clientes, es el que mejor profesa la religión del pronto pago, sin curiosidades malsanas ni ganas de saber quién ha sido el agraciado. Esta vez no puede evitar un prurito de poder, cuando sea el propio afortunado el que les tenga que servir cafés y copas con las que aderezar, y disimular, una transacción que hoy será algo más dilatada, por ese asuntillo más personal que el ciego lleva urdiendo casi un año.

Los pechos de Gabriela andan tremolando entre las manos ávidas de Enrique, si el chico tuviese más letra, podría compararlos con palomas fugaces, o con rosas esponjadas muy por encima de las espinas que en su vientre han clavado tantas tardes de dilación. Pero los dos se gobiernan con la urgencia de las hormonas, y Enrique sólo atiende, cuando la inflamación lo permite, a la promesa de evitar el daño que le ha exigido, entre el cariño y el temor, el cuerpo pálido de Gabriela. Escoltados por voces radiofónicas, trinos de canario y hervores de sartén, la pareja anda levitando sobre la concha, sin deshacer la cama de prevenciones; desde el patio de luces sube un coro caótico que los envuelve, que espolea sus poros, cegándolos a todos lo que no se reduzca a la contemplación de la piel.

Enrique recorre el cuello de Gabriela con una lengua apresurada, primera lección, llenarse las papilas con el gusto salobre del sudor regalándole saliva en morosas estancias en cada pezón, como le obligó a detenerse la Karenina para frenar el chorro de vida que estaba a punto de venírsele encima. La segunda lección tiene más tintes románticos, envolver el cuerpo rival reuniendo las manos en la espalda, vagabundeando las palmas por la columna, colmando cada saliente de impulsos que se vayan congregando en la hondura intacta de Gabriela.

Para estas reuniones imperiosas, Olivares deja siempre la americana en el coche, no tanto por el compadreo como para garantizarse una pizca de anonimato y sobre todo la ausencia de posteriores e incómodas vaharadas de fritanga. Damián coloca la chapa sobre el aceite requemado indultando docenas de churros hasta la mañana

siguiente, y con las manos brillantes prepara los dos cafés y las dos copas de anís, esta vez sin la cerrazón de la costumbre, esta vez con el aguijonazo de la avaricia, como queriendo eliminar de la ecuación del incremento de su premio al intermediario.

El cuello quelonio de Pascual desempolva sus arrugas para tratar de estar a la altura del atildamiento erguido de Olivares. Los dos hombres no hablan mucho de ordinario, bastan un apretón de manos, en el que el cupón muda de propietario, y un gesto cordial, con el brindis, que lleva hasta los bolsillos del ciego el importe más el diez por ciento y la comisión con la que aliviar, si llegara el caso, la desaparición del quiosco y de sus prebendas de minusválido.

Las piernas de Gabriela no han consentido llegar a la cuarta lección, han cobrado vida propia exigiendo a Enrique una penetración dulce pero inmediata sin que el experto pueda impartir el curso completo aprendido en La Bámbola. Las vírgenes tienen siempre estos desafueros, le había prevenido la Karenina, pero él, con la insolencia de su juventud, no había creído y ahora se le arruga un poco la determinación por la sangre presentida y el velo que ha de profanar. Enrique siente miedo, miedo del grito que puede coronar los jadeos de Gabriela, miedo de lo ignorado, miedo de la avalancha de hormigas que se multiplican bajo su miembro ahora dubitativo.

- Mire don Ginés, aquí nos conocemos todos, no me ponga esa cara, la gente habla y eso que yo tengo ahí fuera es una talaya en la que más pronto que tarde vienen a caer todos los rumores.

Olivares suda a pesar de la ausencia de la americana, tironea su corbata italiana por no reconocer que desearía golpear aquella cara infecta. A los hombres como él no les preocupa las habladurías si son de clase, pero cuando es un muerto de hambre como Pascual el que las profiere, les baña una oleada de indefensión proletaria, a él no le va a durar mucho porque el prestigio lo tiene por algo, y la golosina que el ciego le acaba de poner delante puede con sus convenciones.

Cruzando los pies sobre la espalda de un Enrique indolente, ha sido la propia Gabriela quien ha terminado de ejercer la presión necesaria para sumirse en una laguna de superficies dolorosas, tibias, antes de seguir abandonándose a esa profundidad que empieza a clamarle una salida. Ni un grito, acaso un suspiro algo más alto con el que acompañar al hilo de sangre que ha ido a anidar en el pubis de Enrique, y una rabia ciega que ella retiene bajo los párpados, el tacto rugoso de las manos de su tío, desterrado ya para siempre. Los dedos de Enrique se han aferrado a sus nalgas, rocas en las que ahogar sus temores, fortalezas que el impidan dejarse ir con las mimas prisas vergonzantes que abortara con sus enseñanzas la maestra rusa de La Bámbola.

- Le garantizo que está por estrenar, no tendrá el fragor de otras pero a uestes le queda el privilegio de se el primero, de formala si quiere.

Olivares ahora siente frío, añorando la chaqueta siquiera salir de La Paz y abandonarse al tráfico espeso de Cataira, pero sabe que ya la huida es imposible, se le ancló la mirada en la foto que Pascual reboza por el mármol humedecido de la mesa, pegajoso y lascivo.

- Mi casa es un cuchitril, pero es suya si nos quiere honrar, y limpia, que la niña la trabaja bien, ya le digo que es una mujercita.

Ni la comida con la alcaldesa ni el futuro campo de golf que desea negociar con Roche tiene ya rango para competir con la saliva que se le adensa en la boca, mira al ciego con la impunidad de no saberse del todo correspondido, queriendo juzgar hasta dónde puede llegar aquel tullido, con esa bola blanca como una luna imantada. Se remueve en la silla para rozar la cartera en la trasera de unos pantalones que empiezan a no poder abarcar tanta resistencia.

- Por Dios, don Ginés, ¿qué va a hacer?, no me ofenda, no es dinero lo que quiero, estamos entre caballeros, pero si pudiera usted hacer que nos arreglen uno de esos pisitos nuevos en el centro, los de la universidad, la casa está casi tan apuntalada como yo...

La sonrisa babeante y esquinada de Pascual encuentra un proyecto de vómito en el magnate, pero Olivares ya no está en condiciones de apelar a ningún resquicio de dignidad, el rostro oval de Gabriela, con sus primeras aristas de mujer, se le figura exhausto de besos, ávido de manos y extinto ya de infancia.

Gabriela se siente colmada por el regalo ardiente que esa espada flamígera que acoge acaba de inocularle, junto a un deseo casi opiáceo que ya no le abandonará jamás, no sabría decir si ha gritado, si alguna de las dos gargantas ha articulado palabra alguna, ni tampoco es capaz de medir el tiempo de la huida de sus consciencia, tan sólo enumera el crujir de sus vértebras regresando a su cauce, las postreras bocanadas con las que despedirse del fondo acuoso en el que ha creído diluirse.

Los ojos de Enrique, aún abiertos hasta la desmesura, van deteniéndolos en el cuerpo sobre el que yace, balanceando músculos y tendones camino del abandono; si pudiera razonar, acaso pensara que la espera ha merecido la pena, pero las rodillas de Gabriela terminan de instalarle a su lado, junto al lunar, mácula única en el mar lechoso de su piel, que reposa bajo su pecho izquierdo, con la esperanza de que el sueño le invade no le hurte la posibilidad de un somero reconocimiento que la celeridad no le ha concedido. Las respiraciones se hacen una cuando los párpados clausuran del todo los embates aún recientes, el amasijo de brazos y piernas se deslían como una hiedra morosa, ya no hay ajeteo doméstico en el patio, no hay mundo ni realidad que mantenga en vela su juventud.

Pascual va subiendo la escalera acompañado por el repiqueteo triple de su bastón y escalar, espoleando su renguera todo cuanto puede, los últimos nueve peldaños que certifiquen sus presagios.

Ni Gabriela ni Enrique han podido reparar en el portazo vengativo, a ella va a despertarla el grito continuado de puta, a él, el violento tirón de pelo con el que iniciar la caída del lecho. Lo demás es reinado del caos, las quejas de Gabriela batallando con el manoteo histérico de Pascual, balanceando los brazos desmadejados al descargar el bastón sobre la espalda desnuda de un Enrique agachado, en pos de sus ropas y de fintar las estocadas de la honra que le llueven sin concierto. Antes de escurrirse hacia el pasillo percibe cómo los succulentos pechos de Gabriela se han vuelto ahora vulgares por el esfuerzo que ella hace para aferrarse a las piernas de su tío. Va vistiéndose en saltos apresurados, esperpénticos, y todavía con la camiseta en la mano topa con la certidumbre amarga de las dos vueltas de llave con las que Pascual ha copado su huida.

Desandando el camino se enfrenta por un instante con la arquitectura anfibia y atravesada del ciego, remendando el ojo enfermo con los tientos a punta de bastón. Enrique desaparece por la cocina arramblando con la mesa, coloca una de las sillas bajo la ventana y sale a la escandalera cotidiana del patio de luces, como puede se aferra al canalón comunitario sin medir alturas ni otras precauciones. El tentáculo rígido que Pascual empuña asoma por la ventana a la busca de su presa, y comienza a batir el aire junto a los oídos zumbantes de Enrique, a los que ya no arriban los llantos de Gabriela, ni las radios, ni las sartenes crepitantes.

Hay un algo de sosiego en ese silencio, respetado incluso por los siseos del bastón. Lo hay también en los jadeos del esfuerzo de Enrique saliendo de su boca en sordina; en el sudor de sus palmas gracias al cual irse deslizado por la tubería; en el poliedro blanco del microondas golpeando el alféizar antes de emprender el vuelo hacia su cabeza; en el alarido roto de Pascual al lanzarlo; en los tenderos quebrándose; en la

tapa del desagüe del patio acogiendo la sangre; en la puerta del pequeño horno casi cerrada sobre el rostro de Enrique, con una carcajada macabra y decorosa a un tiempo. En la lágrima purulenta y rabiosa que resbala desde un ojo albo...